



Una
primavera
atroz

Juan Pedro Quiñonero

Verrières era una ciudad de sonámbulos y cadáveres ambulantes, donde vivió, durante algunos años, un hombre íntegro, silencioso y solitario, sin familia conocida, sin amigos, que parecía utilizar la máscara usada de su olímpica pulcritud disciplinada y austera para intentar ocultarse y huir, quizá, de las peligrosas secuelas de una larga vida de insumisión, dolor, soledad y exilio.



La imprenta donde aquel hombre trabajaba en oscuros proyectos sin fin ni destinatario conocido, sin otra compañía que Buck (un diminuto yorkshire a quien él había descubierto, prófugo o abandonado, merodeando por un jardín público donde buscaba el calor del griterío infantil, arrastrando una pata quebrada), la última imprenta de ciertas publicaciones clandestinas, tiempo ha desaparecidas, como *Terra Lliure*, se encontraba en una oscura calleja de arrabal, allí donde la ciudad comenzaba a desaparecer pero los edificios deshabitados todavía daban cobijo a personajes de rostro huidizo, en última cuarentena, perdidos en un dédalo de tapias y muros de antiguas residencias convertidas en almacenes desguazados y decrepitos talleres semidesiertos e insalubres, preludiando el fin que podía llegar en cualquier momento, con el ruido infernal de las grúas y las excavadoras, por los parajes donde las orillas del Sena comenzaban a poblarse de puentes de hierro y anónimas urbanizaciones fantasmales.

Durante siglos, Verrières fue una pequeña ciudad laboriosa, cuyas raíces se pierden en la oscuridad impenetrable del pasado; con su iglesia, su bosque, sus campos de cereales, incluso su minúsculo puerto fluvial, donde en otras épocas se embarcaban los frutos y las mercancías de la tierra, para descender hacia París y las grandes ferias y mercados, hasta Rouen. Pero, con el paso inexorable del tiempo, la antigua riqueza agraria de Verrières se fue infectando y cubriendo de herrumbrosas manchas nefandas, que terminaron por devorar, como un cáncer, los cimientos, los edificios, incluso el rostro de los moradores del antiguo burgo, convertido en diurna factoría, poblada de almas muertas durante la noche.

Jorge Manrique llegó a Verrières cierta noche de invierno, lluviosa e intempestiva, embozado en su viejo impermeable usado, huyendo de alguien o de algo, como un animal acorralado, perseguido en un bosque urbano poblado de autómatas. Y encontró refugio, muy provisional,

por unos días, que llegaron a prolongarse indefinidamente, en un hotel de malhadada fortuna (a sabiendas que a un hombre en su amenazada situación le hubiera sido muy difícil, si no imposible, escapar a una suerte sin duda fatal), donde todavía hacían noche oscuros personajes que gastaban sus últimas monedas en aquella antesala de los pasos perdidos; esperando su turno en la diaria carreta que debe conducir a su destino definitivo a los perros reventados en las autopistas, a los pobres de misericordia perdidos en la gran ciudad y a los famélicos vagabundos muertos de frío en las esquinas, durante las noches de los inviernos más crudos. Sin otra esperanza que el desmoronamiento definitivo, como tantos otros seres sin morada ni familia conocida, víctimas condenadas a perecer atropelladas, ejecutadas en serie; por accidente mortal.

Desde su habitación, más celda que morada, Manrique hacía algunas llamadas por teléfono, para concertar con pocas palabras enigmáticas citas que preparaba muy minuciosamente, antes de tomar el suburbano, a media mañana. Ya en París, tras un largo periplo por inhóspitas estaciones, proseguía su descenso al infierno con sucesivos cambios de metro; como si, amenazado por seres o cosas invisibles, aunque bien reales, temiera ser descubierto y detenido a cualquier hora del día o de la noche.

Jorge Manrique no repetía nunca el mismo trayecto, pero siempre terminaba descendiendo, con mucha frecuencia, en alguna de las estaciones de metro más o menos próximas al barrio de la Goutte d'Or, donde desaparecía con mucho sigilo; para mejor ocultarse de algo o de alguien, perdido entre la heteróclita multitud anónima de la que, alejándose de la arteria principal, salían las parejas, grupos e hileras de creyentes que frecuentaban viejos tugurios y garajes abandonados, convertidos en lóbregas mezquitas nacidas en lo más inhóspito de la selva urbana. En aquellos lugares de culto echaban cada viernes sus homilías de guerra santa algunos predicadores islamistas, ante un auditorio de fieles, devotos, extraños perdidos en el infierno de una ciudad de aluvión, sin raíces, despoblada de los antiguos genios del lugar; de quienes sólo quedaban enseñas de oficios desaparecidos, inmuebles insalubres, muros decrepitos, cubiertos con el sudario pintarrajeado de incontables carteles publicitarios y políticos, proclamando a gritos manicomiales patrañas demagógicas.



En el quinto piso sin ascensor de un lóbrego edificio condenado a la demolición, Jorge Manrique visitaba el antiguo laboratorio clandestino de uno de sus más viejos amigos, Maurici Esglás, hijo de un antiguo tipógrafo, despellejado vivo y rematado con un tiro en la nuca, en la Barcelona del 37. Jovencísimos, durante la ocupación nazi, habían compartido el bautismo de fuego en el macizo de Vercors, participando en una peligrosa acción de comando que concluyó con la muerte de siete alemanes y cinco resistentes, menores de veinte años los unos y los otros. Entre ellos, aquel fue uno de los hechos de armas donde pronto floreció la leyenda de unos héroes desconocidos, anónimos y olvidados. Algunos compañeros de viaje fueron detenidos por la Gestapo y deportados. Su rastro se perdía en los campos de cenizas sin urnas de un Holocausto infernal. Otros participaron en la liberación de París, como miembros de las primeras unidades de combate de la división Leclerc. Acabada la guerra, ninguno de ellos pudo volver a su patria ni echar raíces en ningún lugar; porque todos pertenecían al ejército de sombras, sin bandera ni fanfarria militar, de los perdedores y los proscritos por insumisión.

Durante la guerra de Argelia, Maurici Esglás volvió sin dudarlo a la clandestinidad, donde sus antiguas habilidades manuales e intelectuales, en todas las técnicas artesanales de la fotografía, las tintas, el papel y la imprenta, le permitieron prestar modestos grandes servicios, llevando y trayendo preciosas y comprometedoras maletas, traficando con armas, mercancías, moneda y documentos falsos.

De aquellos contactos, amistades y fraternidad espectral quedaba un reducidísimo círculo de personajes, para siempre unidos a través de los lazos indestructibles de quienes caminan por la vida prestos a morir por las mismas razones, sin poder esperar otra recompensa que el olvido.

Jorge y Maurici se reunían de manera irregular con Jesús Ferrer en un diminuto restaurante berebere, perdido al fondo de un húmedo callejón sin salida, en Belleville, mucho antes que ese barrio fuese ocupado y colonizado por los prófugos vietnamitas huidos de su patria en dramáticas condiciones, en rudimentarias pateras abandonadas a su suerte en el delta del Mekong, con incierto rumbo hacia el mar de la China. La patrona les preparaba un fragante cuscús, cuyas especias y



aromas les permitían cultivar el hilo dorado de los recuerdos, mientras tramaban y discutían los detalles de comercios mucho más oscuros y arriesgados, para hombres que ya no eran jóvenes ni podían aspirar a ninguna gloria terrenal. Cuando Manrique y Maurici desembocaban en el capítulo sin fin de las grandes reflexiones apocalípticas, a las que seguían siendo fieles, tras haber perdido, en vano, tantos años de su atribulada existencia, Ferrer guardaba silencio, dispuesto a acometer, sin vacilar, el más insensato proyecto final, en cualquier momento; ya que él era un hombre de acción, cuya biografía no figura en ningún libro de historia, porque sus hazañas y hechos de armas pertenecen a la materia áurea de las leyendas.

Durante algunos años, Ferrer fue el último y único redactor y distribuidor clandestino de *Terra Lliure*; una hoja libertaria, vegetariana y subversiva, que predicaba la buena nueva del amor libre, la sociedad sin clases, la destrucción del Estado y la redención de todos los hombres, en el tiempo mesiánico que vendría, mañana. Entre otro tipo de trabajos mal remunerados, Jorge Manrique componía él solo toda *Terra Lliure*, impresa con el papel pagado gracias a los frutos de los oscuros comercios de Maurici Esglés, que tuvo algunos lejanos días de gloria cuando consiguió distribuir una fortuna nada desdeñable en cheques de viaje falsos del *First National City Bank*.

Aquellos cheques de viaje falsificados tuvieron muchos beneficiarios, a través de una larguísima cadena de solidaridades y viejas relaciones amistosas, políticas, incluso crapulosas; cultivadas con receloso sigilo por Maurici, dejando entender una infinita trama de influencias, que sólo él podía conocer, parcialmente, al menos, navegando a ciegas por las más procelosas aguas, de una oscuridad impenetrable.

Ese misterio poseía para Manrique y Ferrer el encanto de lo prohibido, oculto en el secreto jardín umbrío donde también ellos debían guardar y cultivar sus anhelos más íntimos; ya que tenían a Maurici Esglés en la más alta estima, cultivada en la tierra de nadie de lejanas ilusiones comunes. Aunque su propensión a los juicios sumarísimos y la ligereza con que aquel hombre había sido capaz de utilizar armas de fuego y traficar con documentos falsificados terminó por atarlo a la soga muy corta de



personajes menos idealistas, y mucho más peligrosos. Ya que los últimos flecos del botín acumulado con los cheques de viaje fraudulentos del *First National City Bank* permitieron pagar bastantes números de *Terra Lliure*; pero también fueron utilizados con fines menos altruistas, muy alejados de la epopeya subversiva que hizo vibrar los corazones juveniles de sus amigos más íntimos y fraternales.

En el caso de Ferrer, toda la historia de su vida estaba marcada por el hecho de haber pertenecido, durante su adolescencia, a un grupo anarquista dispuesto a los más temerarios sacrificios, comenzando por la entrega de la vida propia, inmolada sin vacilar en el altar de oscuras profecías milenaristas. Desde niño, se había educado en la veneración de la leyenda de una banda de criminales harapientos, que habían hecho a pie el trayecto Barcelona-Madrid porque creían poder precipitar el fin del Estado lanzando una bomba contra el coche de Alfonso XIII, durante un desfile, a la altura de la puerta de Alcalá. Hijo de padre desconocido y abandonada madre sin recursos, Ferrer solo conoció y había vivido en un proceloso mundo subterráneo, perseguido como una alimaña, alimentándose espiritualmente, a salto de mata, con una literatura folletinesca que le permitía preservar y cultivar la memoria infeliz de su infancia de niño de la inclusa. Pero nunca podría llegar a entender los sucios sofismas desalmados que movían los hilos, la trama y las marionetas criminales de los sombríos personajes descerebrados que comenzaban a irrumpir en la marcha ciega de la historia, de manera tan inquietante, cuando él ya era un anciano derrotado y sin embargo invicto. Condenado a contemplar como una nueva especie de seres de albañal proliferaba e infectaba las ciudades, sembrando la muerte a su paso, semejante a una horda de ratas homicidas, a la espera endemoniada de los frutos podridos y los cuerpos descuartizados por un coche bomba abandonado, con un mecanismo de diabólica relojería, en el parking de un supermercado. De la vida, Ferrer solo conoció la hosca luz de la clandestinidad, la cárcel y el trabajo de peón de pico y pala; y hubiera sido indigno de su ética dudar de ninguno de sus amigos, hermanos de lucha en una columna de espectros, caídos, uno tras otro, siguiendo el camino de una locura que ellos confundían con la tierra prometida. En su código caballeresco, un hombre justo sólo podía defender causas perdidas.



Jorge Manrique era bastante más joven y había comenzado a entrar en la vida cuando Ferrer ya salía y se despedía para siempre de todos los espejismos que pueden hacer más llevadera la vida de un hombre obligado a renunciar, por la fuerza, a la ilusión de una patria, los deberes de una familia, o el calor de un hogar; consagrado a una causa más alta, creía, en la que todavía se educó Manrique, niño condenado al exilio, creyendo que también él caminaba hacia un mundo nuevo.

En el limbo de su beatitud infantil, sin remedio, ambos confiaban en la astucia y finas artes con las que Maurici Esglés era capaz de manejar con precisión los instrumentos más sofisticados, en compañía de torvos personajes muy variopintos, en su imprevisible diversidad; tan eficaz en un laboratorio artesanal (donde podían contrahacerse con mucha pericia pasaportes robados), como falto de escrúpulos ante la ventanilla de un oscuro banco de provincias, que debía ser atracado a mano armada.

Sirviéndose, entre risas, otra ración de sémola, legumbres y caldo aromatizado con deliciosas especias, Esglés engañaba sin pudor a sus amigos, haciendo gala de su fraterna brutalidad, contando por enésima vez el turbio cuento (nunca se sabrá si pura fantasía, megalomanía crepuscular o traición involuntaria de viejos ideales marchitos) de cómo había conseguido burlar a la policía de varios Estados, hasta hacer llegar a la guerrilla de un lejano país sudamericano cantidades importantes de dólares falsificados; convencido de que el trabajo realizado por sus compañeros de viaje pronto florecería en la tierra de nadie y de todos de una nueva e invisible generación que ellos creían haber educado, con su ejemplo, sus obras y la transmisión de un ideal, intacto, alimentado artificialmente con ilusiones falsas; sin discernir siempre entre las sucesivas máscaras vacías de los héroes de su descarriada juventud, convertidos algunos de ellos en los fanáticos criminales de su madurez truncada.

La memoria realzaba con muchos colores chillones las hazañas presumidas o reales de aquel hombre, cuya formación y legado familiar terminaron por descarriarse en los lechos de amor carnal donde él creía prolongar el más íntimo de los combates; cuando, en verdad, allí lo perderían la gula, la traición y la lujuria.



Al contrario de Ferrer y Manrique, capaces de amar en silencio y soledad, dolorida (a sabiendas que todas las cosas y los seres queridos podían estar amenazados, en cualquier momento, víctimas inocentes de su locura sin remedio ni consuelo), Maurici Esglás daba y exigía algo que no era exactamente amor, alardeando de una liberalidad sin escrúpulos que, con el paso de los años, llegó a tomar la forma azarosa de la paternidad accidental, sin mañana. Porque él no era un hombre capaz de aceptar el sacrificio de un hogar. Quizá creyó o pudo fingir que amaba a sucesivas mujeres seducidas por su truculenta y fabuladora franqueza; pero esa debilidad, puramente carnal, no le impedía engañarlas y abandonarlas con los hijos comunes, en algún caso; para volver a huir, siempre, en busca de nuevas aventuras y nunca satisfechos placeres.

Manrique y Ferrer conocieron a varias de aquellas conquistas; pero la más bella y peligrosa fue la última, Lucía Luengo, una jovencísima periodista adolescente que podía ser su hija, a quien Esglás creyó seducir haciendo gala de erudición en materia de lencería femenina. Ante aquella chiquilla (capaz de utilizar palabras de la jerga prostibularia, como “griego” o “francés”, con una familiaridad obsequiosa, propia de una tempranísima profesional del vicio, arrastrándose como una culebra, con muecas infantiles, para mejor engañar a sus víctimas), el viejo atracador esgrimía una sabiduría de consumidor o comerciante en fantasmas, que ella decía adorar, fingiendo descubrir a su lado delicadas prendas de encantamiento, en cuyo uso encontraba tanto placer como escuchando sus infinitas historias de aventureros, proscritos, resistentes, insumisos, revolucionarios y personajes del hampa. Persiguiendo, siempre, sin cesar, sin esperanza ni posible consuelo, el fuego fatuo de una última juventud, el viejo seductor de opereta también fue víctima de aventuras menos escabrosas, más humildes y sencillas.

Algunos años atrás, cuando todavía llevaban la arriesgada vida en cuarentena de presuntos revolucionarios y agitadores profesionales, incapaces de cambiar el rumbo de unas vidas torcidas, corriendo hacia el abismo (convertidos ya para siempre en proscritos sin tierra donde caerse muertos, soldados de una causa perdida, sin señora ni ideales a quienes servir, tras el destierro que siguió a la guerra civil), Manrique y Ferrer asistieron como testigos al matrimonio civil de Maurici Esglás. Aquella



ceremonia meramente administrativa fue oficiada en la fría y desangelada alcaldía de Auvers-sur-Seine, con documentos de identidad falsificados; los únicos que pudo procurarse con rapidez un contrayente entrado en años y con mucha experiencia, pero todavía ilusionado, como un adolescente, abrazando entre risas a una futura profesora de historia, jovencísima y sin ninguna experiencia de la vida, que correría por amor tantos, inútiles y temerarios riesgos físicos; y esperaba muy pronto el hijo que santificaba aquella precipitada unión, sin otro futuro que el desencanto.

Por aquellas fechas, Jorge Manrique todavía servía de correo entre varias organizaciones clandestinas, en larvada y feroz guerra civil permanente; pero creía, sin atreverse a dudar, en la disciplina con la que soñaba poder ayudar a reconstruir el barco fantasma de los grandes sindicatos de otro tiempo. Todos los antiguos compañeros de Ferrer ya habían desaparecido, o habían muerto en oscuras escaramuzas ensangrentadas, sin testigos ni supervivientes. Recién llegada a los arrabales de aquella locura agonal, atraída y seducida por el melancólico encanto de ajadas leyendas, Gloire Lemoine escuchaba los impenetrables soliloquios de unos hombres que pertenecían a una derrotada hueste de sombras errantes, caminando solitarios hacia ninguna parte; perseguidos por un hado funesto, vagando sin rumbo bajo la nieve que caía para siempre sobre sus rostros y sus vidas. Gloire no siempre podía entender de que hablaban aquellos apátridas sin tierra que eran los únicos amigos de su esposo, a quien ella obedecía con ciega temeridad; sin que Maurici Esglás considerase oportuno desvelarle, de ninguna manera, todos los secretos de aquella complicidad peligrosa; afirmando, con mucha razón, que una madre de familia tan joven no debía dejarse llevar por el afecto y el cariño hacia aquellos hombres acorralados, sin patria, amo ni Dios a quien servir.

Del matrimonio de Gloire y Maurici nacieron dos hijos. Pero, sin ningún apego hacia un hogar roto, antes siquiera de llegar a existir, él huyó muy pronto del improvisado domicilio familiar, en un modestísimo piso de alquiler, en las estribaciones suburbanas próximas al puente de Tolbiac, donde sólo había -por entonces- edificios semivacíos condenados a la demolición, habitados por ancianos abandonados, personajes prostibularios, familias desahuciadas y parejas sin recursos. Manrique y Ferrer siempre guardaron mucho y tierno afecto hacia Gloire y sus hijos; pero Maurici

se mofaba de sus sensiblerías, afirmando que ellos se debían a una causa mucho más honda, a la que se decía siempre fiel. Una causa muy superior a su debilidad carnal por todas las mujeres dispuestas a ceder al acoso de sus volátiles caprichos, caminando lentamente hacia la desilusión de los sentidos.



Cuando caía la tarde, tras una interminable sobremesa, ante una taza de té a la menta, con piñones, Manrique, Ferrer y Maurici volvían a separarse, entre bromas y risas de franca camaradería otoñal, tomando siempre muy distintos caminos.

Maurici no dormía nunca en su diminuto y ya inservible laboratorio de Belleville, antro clandestino, en otro tiempo, que terminó por ser su dirección más respetable y conocida. Tras sucesivos cambios de metro y autobús, la sombra de Ferrer desaparecía en un laberinto de callejas perdidas, mucho más allá de los mercadillos de ropa usada para inmigrantes negros y musulmanes indocumentados que por entonces vivían en las afueras de Montreuil, en penosas e infecciosas condiciones. Embozado en su raída gabardina de soldado sin ejército, camino del destierro, proscrito condenado por defender una causa justa y perdida, tiempo ha, sin otra esperanza que la conciencia de cumplir con un oscuro deber, que debía conducirlo hasta el exilio sin retorno, Jorge Manrique volvía a Verrières, siguiendo su solitaria ruta procelosa. Cuando las sombras de la noche que caía sin misericordia se confundían con las sombras de los seres de insomnio y pesadilla que se disponían a tomar e imponer su ley saturnal en aquella y muchas otras ciudades.